ΣΟΦÍΑ

REVISTA TEOSÓFICA

SATYÂT NÂSTI PARO DHARMAH

NO HAY RELIGIÓN MÁS ELEVADA QUE LA VERDAD

LOS SIETE PRINCIPIOS DEL HOMBRE

Para comprender la evolución humana, es necesario conocer previamente los principios constitutivos del hombre, por tener aquélla relación con el desarrollo sucesivo de estos principios. Este es asunto para muy detenido examen, pues al concepto occidental de que el hombre se compone de alma y cuerpo, responde la Teosofía diciendo que el hombre está constituído por siete principios, á saber:

1.° Stuhla Sharira: Cuerpo físico.
2.° Linga Sharira: Cuerpo astral.
3.° Prana: Principio de vida.
4.° Kama: Deseo, Alma animal.
5.° Manas: Mente, Alma humana.
6.° Buddhi: Alma espiritual.
7.° Atma: Espíritu.

Un estudio completo de estos principios, exigiría más espacio del que al presente podemos disponer, por lo que nos limitaremos á una sucinta explicación, dejando para más adelante el penetrar de lleno en la materia.

Los cuatro primeros son los principios inferiores del hombre, y están relacionados, no sólo con la vida, sino con los estados posteriores á la muerte. Los tres últimos son los principios superiores, los cuales se refieren á la mónada humana y se hallan más ó menos latentes en el Ego.

Stuhla Sharira, el cuerpo físico, es el vehículo de los seis principios restantes durante la vida. Está formado por innumerables «Vidas» ó átomos vivientes, de las cuales los microscopios sólo pueden descubrir las especies de mayor tamaño.

La muerte del cuerpo físico sobreviene cuando el tercer principio, la *vitalidad,* que reune y enfrena los microbios, abandona á aquél, dejando en libertad á las pequeñas vidas para seguir su propio camino.

Linga Sharira, el cuerpo astral, es el molde del físico, teniendo, por lo tanto, su misma forma y estando compuesto de sus mismos órganos, aunque construído de materia más sutil, de materia astral, para nosòtros invisible. Es el vehículo de la *vitalidad,* que por su medio se

comunica al cuerpo físico. Sobrevive poco tiempo á éste después de la muerte; constituye el *doble* del hombre; y los clarividentes pueden verlo en la proximidad de los cadáveres, así como también en las sesiones espiritistas, donde los cuerpos astrales de los *mediums* han sido tomados erróneamente como materializaciones de espíritus desencarnados.

Prana, el principio de vida, puede considerarse como un océano inmenso que envuelve todo el Universo, y en el cual están sumergidos todos los cuerpos que lo componen. Cada uno de éstos se apropia, por decirlo así, una parte de este principio, la cual viene á constituir la peculiar vitalidad de aquéllos.

El conocimiento del cuarto principio requiere estar versado en muchos puntos de la doctrina secreta; así es que será difícil formarse, á primera vista, una noción exacta de él. Procuraremos, sin embargo, trazar sus líneas generales.

El cuarto principio *Kama* (deseo), está compuesto de elementos que son afines á las propensiones materiales del hombre, y constituyen como una conglomeración formada por fuerzas ocultas vivas que responden á todos los deseos mundanos, á todos los apetitos carnales de la entidad humana. Esta entidad, el primero de los principios superiores, se encuentra aún sujeta al seno de la naturaleza inferior, de la cual todavía no se ha separado para cernerse en más elevadas regiones; y recibe, por tanto, las palpitaciones de ella, no sólo por lo que se refiere á la vida meramente física, sino también á la vida psíquica, participando, en su consecuencia, de todas las cualidades morales, de todas las inclinaciones de los seres que se encuentran en los abismos de su seno. Y esos mismos seres, moradores del mundo astral, que responden á todos los apetitos, se adhieren á la entidad humana y forman su principio kámico, el cual se ha traducido por alma animal, porque representa la animalidad en el hombre; esto es, las inclinaciones que el hombre posee en común con los animales.

Kama está en relación con el quinto principio, que es el propiamente humano, por medio de un rayo que éste proyecta sobre él, cuya conjunción, denominada Kama-Manas, constituye el Yo inferior humano, la personalidad, á la cual corresponde, por tanto, sólo la facultad inferior de la mente: la inteligencia. Esta circunstancia se comprenderá mejor, atendiendo á que el Yo humano en el ciclo de sus propensiones terrenas, vive por completo dentro de lo transitorio, de lo puramente fenomenal, de lo meramente sensible, y, por ende, sólo ejerce su actividad psíquica en este plano ilusorio en que toma por realidades las sombras que la verdadera Realidad proyecta sobre los sentidos, como fantasmas que aparecen y se desvanecen sin cesar. Ahora bien; contenido el desarrollo psíquico dentro de los límites de lo ilusorio, no pasando más allá del velo de la fantasmagoría fenomenal, tiene el hombre que apelar al tortuoso laberinto del raciocinio para traspasar aquel velo y trascender á lo real; y este precisamente es el terreno propio de la inteligencia, que solo indirectamente y por modos violentos, alcanza vislumbres de lo absoluto.

Kama no tiene forma durante la vida; pero con el auxilio de ciertos elementos astrales, la adquiere después de la muerte del cuerpo físico, siendo por algún tiempo el vehículo de los principios superiores. Entonces viene á ser lo que se ha llamado el fantasma de los muertos, capaz de materializarse y aparecer á las personas vivas.

El quinto principio es *Manas* (la mente); el inferior de los tres que constituyen la naturaleza superior del hombre. Es el principio propiamente humano, el Ego, la entidad que se reencarna. Durante la vida, tiene un doble aspecto á causa de su doble tendencia hacia los principios cuarto y sexto, dando lugar al *Kama-Manas* ó *Manas inferior* y al *Buddhi-Manas* ó *Manas superior*, el primero de los cuales constituye el verdadero *Yo* de la especie humana en la etapa que actualmente recorre, según va explicado.

El *Manas* superior es el Yo de los adeptos, que, adelantándose á los tiempos de la evolución de la masa común, merced á esfuerzos prodigiosos, han logrado unirse á los principios sexto y séptimo, de los cuales reciben la luz que ilumina sus mentes.

Estos principios sexto y séptimo son *Buddhi* y *Atma*, que constituyen la mónada divina, presente en todas partes, desde el átomo invisible hasta la entidad más elevada. *Atma* es el principio universal del que los demás principios no son más que aspectos diversos. Es el *Espíritu uno* y *único*, indivisible y absoluto; la única *Realidad;* el *Gran Todo*, en una palabra. *Buddhi*, es el vehículo de *Atma;* el elemento en que el Espíritu se ostenta, en que la Realidad se manifiesta y exterioriza.

Dada esta ligera noción de los principios constitutivos del hombre, es del caso indicar que el Universo entero contiene los mismos principios, manifestándose, en su consecuencia, dividido en planos ó estados correspondientes á aquéllos, con los cuales está íntimamente relacionada la constitución humana. Hay, por tanto, en el Universo, siete planos de manifestación que determinan siete estados ó aspectos de la conciencia universal; pues es de advertir que existe conciencia en todas partes, aunque en diversos grados, según corresponde á las diferentes gradaciones del ser que implican los siete planos en que se exterioriza la Realidad Una.

De aquí la concepción del hombre como Microcosmos, ó séase representación en pequeño de todo el Universo ó Macrocosmos, puesto que contiene en sí todas las manifestaciones de este último, y es como su copia abreviada.

Ahora bien; se habrá observado que el número 7 de los Globos, Rondas y Razas de que se habló en un artículo anterior, al tratar del paso de la ola humana por la cadena planetaria, es el mismo de los principios humanos y de los planos del Universo: la razón es obvia. En la Naturaleza todo sucede por septenados, porque son siete los grados de la manifestación; y, por tanto, siete tienen que ser los globos, rondas y razas que marcan la evolución de la humanidad, pues cada una de aquellas unidades corresponde al desarrollo de cada cual de los siete principios que la constituyen.

La ola humana desenvuelve sus principios uno á uno y sucesivamente en cada una de las vueltas de la cadena planetaria; y al mismo compás de este desenvolvimiento, desarrolla la Naturaleza las condiciones de las moradas porque debe aquélla atravesar; pues todo el Cosmos puede considerarse como un inmenso cronómetro que determina la marcha unísona de todas sus partes.

REENCARNACIÓN Y KARMA

Cómo consecuencia de lo indicado en el artículo precedente, hasta la Ronda actual, que es la cuarta, han venido desarrollándose los cuatro principios inferiores del hombre, y, por tanto, sólo en esta ha sido posible la encarnación de los tres principios superiores, una vez construído por los otro cuatro el vehículo que había de contenerlos durante la vida.

Así enseña la «Doctrina Secreta» que hacia la mitad de la tercera Raza de esta Ronda, los Manas, ó sean los «Egos», descendieron á la materia y comenzaron á habitar la morada que los cuatro principios inferiores habían venido preparando, y que estaba ya en condiciones de servir para los progresos de las mónadas humanas.

Este momento de la encarnación de los «Egos,» es el momento del Adam del Génesis, del primer hombre en quien se despertó la conciencia de sí mismo, y el conocimiento del bien y del mal. Hasta entonces la forma humana era una mera forma animal, desprovista de mente; pues los Manas, llamados también los hijos de Mahat (la Mente divina), no habían descendido á ella. Mediante transformaciones sin cuento, á través de todos los reinos de la Naturaleza, el

Espíritu, en su aspecto de Mente Cósmica, desarrolló los principios inferiores que habían de servirle para encarnarse como *Logos*, como Mente divina, individualizada en los Manas ó Mentes humanas.

A partir de aquel momento, estas individualidades ó «Egos» inmortales han venido estando sometidos á un proceso de encarnaciones y desencarnaciones sucesivas á través de todas las razas, sub-razas y ramas de raza que alternadamente han aparecido en la superficie de la tierra, con el fin de adquirir todas las experiencias de la vida de los sentidos, y acumularlas para su propio desarrollo. Y aquí entramos en uno de los puntos capitales de las enseñanzas teosóficas, ó sea la doctrina de la *Reencarnación.*

Tan antigua como el mundo esta doctrina, ha sido, sin embargo, olvidada hasta el punto de ser casi desconocida á nuestra civilización europea. La ignorancia de los conceptos fundamentales sobre que descansa la organización del Universo y la ausencia de todo criterio espiritual, fueron el patrimonio legado al mundo moderno por la oleada de bárbaros que arrasó la civilización antigua. Allí se conservaba la verdad en el recinto de los templos, desde donde irradiaba en formas más ó menos alegóricas para herir la imaginación de las masas y prepararlas á ulteriores progresos; y hasta el siglo III de nuestra Era, la Escuela de Alejandría, por boca de sus más eminentes discípulos, hacía pública la doctrina de la Reencarnación. Pero quedó al cabo sepultada en las sombras de la barbarie con todos los restos de la cultura arcáica.

El fin de la vida para el hombre, es volver al seno del Espíritu Uno y Unico, de donde partiera en rudimentarias evoluciones, para alcanzar la plenitud de la conciencia infinita; y no podrá ocultarse á nadie que reflexione un momento, la imposibilidad de lograr en una sola existencia ese término sublime.

En la presente etapa de la evolución, apenas es el hombre un animal en quien han comenzado á brillar los primeros destellos de la *mente.* Aprisionado en las mallas de los atractivos terrenales, esclavo de sus pasiones, cegado por las ilusiones de los sentidos, comienza sólo á tener vislumbres de un más allá superior á cuanto le rodea, de un mundo suprasensible, de un ideal del que le separa un abismo de abyección y de miserias. ¿Y habrá quien, pensándolo bien, pueda creer que ese abismo se franquea con la muerte? La muerte es sólo un sueño, un descanso en que reponemos nuestras fuerzas para nuevas luchas; pero no es, ni puede ser, autora de nuestra purificación, ni puede comunicarnos cualidades espirituales que sólo es dado conseguir con voluntad enérgica en el combate de las pasiones, esforzándonos por conquistarnos á nosotros mismos, despiertos y bien despiertos en medio de la actividad de la vida.

Es, pues, indispensable, que volvamos á la vida una y mil veces hasta que alcancemos los tiempos en que podamos rasgar el velo del mundo físico, y contemplar el infinito dentro y fuera de nosotros mismos.

Al curso de la quinta Ronda, ó sea la quinta vuelta de la cadena planetaria, corresponde este progreso con el desarrollo del quinto principio. La masa humana en ese inmenso ciclo de muchos millones de años, debe alcanzar las condiciones de los adeptos de nuestros tiempos, debe espiritualizarse, desarrollar las facultades superiores del espíritu y ponerse en comunicación directa con lo absoluto, sin cuyo requisito le sería imposible ingresar en la maravillosa vida de los siguientes ciclos que corresponden á las vueltas sexta y séptima, vidas completamente espirituales, y donde nada puede entrar que no sea puro y elevado.

El margen que queda á la ola humana para obtener dicho estado es inmenso, y las futuras sucesivas encarnaciones han de suministrarle medios para lograrlo. A este propósito viene bien dar una idea de la Ley porque se rigen las encarnaciones humanas, á fin de que se comprenda el curso seguido por las mónadas en su movimiento evolutivo. Esta ley es la ley del *Karma.*

Esta es la ley de justicia retributiva, en virtud de la cual el hombre es árbitro de su propio destino, es el autor de sus vidas futuras hasta el punto de que puede estar seguro de que,

cuanto en el porvenir le suceda, es consecuencia de lo que al presente hace ó hasta el presente haya hecho. Las circunstancias todas de una encarnación dependen de la conducta seguida por el hombre en la encarnación anterior. Así va tegiendo la mónada humana las mallas de su existencia, que la envuelven por todos lados y la aprisionan en los fuertes nudos de sus propios hechos. No hay situación triste ó alegre, humilde ó elevada; no hay acontecimiento próspero ó adverso; no hay inclinación proterva ó sublime; no hay deleite ni amargura cuyo origen no deba referirse á actos de las encarnaciones previas. La familia en que se nace, el país cuyas auras se respiran, la carrera que se emprende, los amigos que se adoptan, los enemigos que se contraen, las simpatías y antipatías conque se tropieza, todo, todo constituye una esfera de acción impuesta á la entidad que renace por la inexorable Ley del *Karma*, como consecuencia ineludible del anterior ejercicio de su actividad. Es la tela urdida por las fieras Parcas desde el momento en que comienzan á torcer la hilaza hasta el instante en que cortan el hilo de la vida; es el hado impenetrable, la estrella misteriosa, el destino fatal, lo escrito en el rollo místico, á cuyo tenor fluye la vida del mahometano, á medida que el ángel lo va desenvolviendo.

«Estaba escrito»; «así debía suceder»; «este era su destino»; son frases usadas en todos tiempos y por todas las gentes para demostrar que el sentido de la Ley del *Karma* penetra todos los espíritus. El mismo dogma de la *presciencia divina* tiene su filiación en este principio; y el conflicto teológico de este dogma y el libre albedrío, encuentra en él su solución. Sí; todo lo que al hombre sucede está escrito; pero es él mismo quien lo ha escrito, y lo ha venido escribiendo más ó menos conscientemente de toda eternidad, y lo seguirá escribiendo por edades sin cuento, hasta que de grado en grado y de ascensión en ascensión alcance la plena vividez de su espíritu y se sienta fundido en el Gran Todo; que allí cesa la Ley del *Karma* donde comienza el reposo eterno en el seno del Infinito.

Todos los hechos grandes ó pequeños, hasta el pensamiento más insignificante, dejan su huella trazada en el espacio, y trascienden al porvenir. Para explicar el mecanismo de esta Ley misteriosa del destino, nos valdremos de un símil vulgar. Así como la piedra arrojada en un estanque origina ondulaciones en todos sentidos que van á chocar en las paredes y en el fondo, perturbando todas las moléculas del agua en el centuplicado movimiento producido por el flujo y el reflujo, así las acciones y pensamientos humanos repercuten en todos los ámbitos del espacio sin límites, y determinan la reacción de todos sus elementos, cuyo esfuerzo combinado viene á reflejarse sobre el autor del movimiento en la forma de condiciones *Kármicas*, que ya aviven las facultades que en su incuria y abandono fueron causa de la perturbación general, ya alienten los impulsos generosos que sirvieron de auxiliares al cumplimiento de elevados fines. Teniendo en cuenta la unidad del Universo y la tendencia uniforme de las leyes que lo rigen, el *Karma* viene á ser la resultante de todas las reacciones que provoca un hecho determinado, obrando sobre el agente é imponiéndole el cauce forzoso por donde debe discurrir la corriente de su vida.

Este cauce se construye con materiales elaborados por la mónada humana en sus precedentes encarnaciones. Ni un sólo hecho, ni pensamiento se desperdicia; «hasta que pase el cielo y la tierra, no pasará de la Ley ni un punto ni una tilde sin que todo sea cumplido», como gráficamente lo expresó Jesús. Así es como de reencarnación en reencarnación, las vidas individuales se van enriqueciendo con el agregado de experiencias sobre experiencias, sin que sea obstáculo para ello la falta de memoria que, en último resultado, y en esta etapa de nuestro desarrollo, es una facultad plástica que vive con el cerebro; pues quedan al hombre las vocaciones y los instintos que determinan la continuación de los hábitos contraídos, y sobre todo, los sueños de la fantasía que no son otra cosa más que reminiscencias de vidas pasadas, evocación de recuerdos lejanos que dejaron profunda huella en el alma y se obscurecieron en las densas brumas de la memoria. ¡Ah! Si nuestros alienistas sospecharan que el padecimiento de sus clientes consiste en cerrar los ojos á la realidad de la vida actual, para vivir de los

recuerdos de pasadas encarnaciones, suscitados en la fantasía á impulso de las pasiones capitales que movieron su espíritu, y que más sensibles á las impresiones astrales, reciben de aquel mundo alientos para perseverar en la atmósfera de sus reminiscencias, acaso, acaso se pondrían en mejor camino para obtener su curación.

Conforme á esta Ley del *Karma*, las mónadas van desarrollándose progresivamente á través de nuevas y nuevas vidas, tanto mejor provistas de condiciones favorables para su desenvolvimiento, cuantos mayores sean los esfuerzos hechos en las precedentes. Así también se desarrolla el progreso de la especie humana, el cual sería imposible si no renaciesen entidades cada vez más adelantadas que llevasen al acerbo común su patrimonio de experiencias adquiridas y de dificultades sobrepujadas.

LOS DIVERSOS ESTADOS DESPUÉS DE LA MUERTE

KAMA-LOKA Y DEVACHÁN

Ninguno de los problemas que pueden presentarse á la consideración del hombre, encierra el interés del que va indicado en el epígrafe de este artículo. Así las ciencias y las religiones positivas como el pensamiento individual aislado, han tratado en todos tiempos de descifrar el misterio de la muerte. El *por qué* y el *para qué* vivimos, son inherentes á nuestra naturaleza, están en la raíz de nuestra propia constitución, y, por tanto, es procedente que sean objeto de toda nuestra atención, que nos ocupen en todos los momentos.

Ahora bien: ni la ciencia vulgar ni los esfuerzos aislados de la razón individual, han sido suficientes para descifrar el enigma. Solamente las religiones positivas, como hijas de la *Doctrina Secreta*, han levantado una punta del velo que cubre el misterio. Pero es necesario acudir á la fuente misma para obtener la verdadera solución. Los Iniciados, que ven en los profundos senos de la Naturaleza, han dado á conocer de un modo más determinado las diversas situaciones posteriores á la muerte. Estas son tres, á saber: *Kama-Loka, Devachán* y *Nirvana*.

Los dos primeros estados siguen á la muerte y ocupan consecutivamente el período que media entre encarnación y encarnación; y el último representa la situación suprema, después que se ha recorrido todo el ciclo de las encarnaciones.

Inmediatamente después de la muerte del cuerpo físico, el principio vital le abandona para difundirse en el Océano de vida á que pertenece; el cuerpo astral le sobrevive poco tiempo, y el principio *Kama*, con el auxilio de ciertos elementos astrales, adquiere forma, viniendo á ser el *Kama-rupa* ó *espectro*, que por algún tiempo es vehículo de los tres principios superiores.

Durante este tiempo, la entidad humana se encuentra en *Kama-Loka* (lugar del deseo). *Kama-Loca* no es un sitio especial, como pudiera creerse; significa más bien la situación en que se hallan los individuos sometidos á él, los cuales continúan en la tierra.

Este estado varía conforme á las circunstancias morales é intelectuales del individuo de que se trate. El término medio de la humanidad no se da cuenta en un principio de su nuevo estado; cree seguir viviendo la vida terrestre. Ignorante de la existencia del plano astral en que se encuentra, toma la forma kámica por el cuerpo físico, por presentar aquélla un aspecto semejante al de éste. Tal situación se explicará mejor advirtiendo que al referido estado acompaña cierta turbación de las facultades mentales, subsiguiente á la pérdida de toda conciencia en el momento de la muerte y corolario de ella. Esta perturbación, parecida á la somnolencia ó á la embria-

guez, impide que la mente discurra con la claridad que en la vida normal, y el raciocinio tiene que parar en confusión y aturdimiento. De aquí que los individuos recorran con su cuerpo kama-rúpico los lugares que les eran habituales; que se dediquen á las mismas ocupaciones que durante la vida; que se dirijan á las personas de su intimidad en la forma acostumbrada, sin que les sea posible explicarse las contradicciones que notan en un mundo que no responde á sus llamamientos como solía. Al fin se acostumbran á esta existencia especial, en la cual permanecen más ó menos tiempo, según lo acentuado de sus inclinaciones terrestres; pues mientras que para el término medio de la humanidad la estancia en *Kama-Loka* es de treinta años, hay seres que por efecto de sus aficiones mundanas permanecen mucho más tiempo, y hasta siglos, en tal estado.

Los suicidas y los que mueren víctimas de accidentes, permanecen en *Kama-Loka* todo el tiempo que en circunstancias normales pudo durar su existencia terrestre. Los primeros, en plena conciencia, siguen sufriendo las mismas y aún mayores penalidades que aquellas de que pensaron desprenderse al quitarse la vida. Los segundos son protegidos contra las atracciones terrenales por felices ensueños.

Pasado el período de *Kama-Loka*, sobreviene la segunda muerte, que consiste en la separación de los principios superiores del hombre, del *Kama-rupa*. Este último, aun después de abandonado por el «Ego», sigue fluctuando en la luz astral, á manera de envoltura vacía, más resistente á la disolución que el cuerpo físico, por razón de la materia más fina de que se compone; hasta que por fin se disuelve en los elementos de donde procede.

La mónada humana entonces, libre de todas las mallas que la aprisionaban en su peregrinación terrestre, se sume en el olvido de todas sus pasiones y sus luchas; los intereses mundanos, las atracciones terrestres se desvanecen á medida que sus aspiraciones espirituales y las esperanzas celestes de su pasada vida, van tomando cuerpo ante su vista en forma de realidades propias de la esfera de su nueva existencia. Tal situación es denominada *Devachán*, y representa un estado meramente subjetivo, un sueño vívido en que el sujeto se considera en un mundo glorioso, rodeado de las personas queridas y gozando de toda la dicha que le dejaban entrever las aspiraciones más elevadas de su existencia terrestre. Esta es *la gloria celestial* de los cristianos, el *paraíso* de los sectarios de Mahoma, el *edén* de todas las religiones exotéricas en que el creyente ve realizadas sus visiones beatíficas en todo el esplendor que le prometían sus más halagüeñas espirituales esperanzas.

La situación *devachánica* es la medida exacta del grado de espiritualidad alcanzado por el hombre; es la representación de lo ideal en la forma y modo que ha logrado penetrar en su conciencia: estado ilusorio, sin duda, pero que la entidad humana toma por tan verdadero y real como su vida en la tierra, no obstante lo ilusorio de uno y otra, pues sólo tocamos las apariencias de una realidad que se escapa á nuestra percepción. La Realidad está allí como está aquí; pero no llega hasta nosotros, sino á través de nuestra conciencia; si ésta se halla obscurecida por las pasiones y los atractivos terrenales, sólo puede dar paso á vislumbres de aquella realidad, que no bastan para desvanecer las sombras que la encubren, ya sea bajo las formas toscas de las apariencias terrestres, ya bajo las vívidas fantasmagorías de las visiones *devachánicas*.

El estado *devachánico* presenta, pues, una variedad infinita, según las aptitudes del sujeto, y conforme á sus concepciones espirituales. Constituye el descanso de sus fatigas terrestres, el premio de sus buenas obras y la preparación para los nuevos trabajos. Este estado lo disfrutan todos los individuos que hayan tenido ideas espirituales, aun cuando hayan sido insignificantes y pasajeras. No hay criminal, por avezado que sea, que deje de tener su *Devachán*, con tal que en algún momento de su existencia terrestre haya fijado su atención en lo *suprasensible;* este ligero pensamiento espiritual le liga á lo *eterno*, y le da, por tanto, derecho al descanso *devachánico*, donde ha de reponer sus fuerzas para las luchas que le esperan cuando se

desarrollen todos los efectos del *Karma* más ó menos horrible que haya podido engendrar en la existencia anterior. En la encarnación siguiente recibirá el castigo de sus pasadas culpas; pues aquí en la vida activa del mundo y en la contienda diaria de la existencia terrestre, es donde se sufre la expiación de los yerros cometidos; porque es donde únicamente es posible reparar los daños causados, pagar las deudas contraídas, reponer las cosas al estado en que se hallaban antes de la perturbación y el desconcierto causados por la perversidad, las preocupaciones y los errores humanos. Aquí, en el escenario del mundo, es donde únicamente pueden ser eficaces las justas imposiciones de la ley de responsabilidad, porque aquí es donde es posible trocar en bien todo el mal causado, convertir en atracción las repulsiones engendradas, enjugar las lágrimas que se hicieron brotar, restañar las heridas que se infligieron, borrar hasta las huellas de las perturbaciones que se provocaron; pues éste y sólo éste puede ser el fin del impropiamente llamado castigo, el cual, de otro modo, sin el objetivo de la reparación, vendría á ser como una venganza ineficaz, sin objeto ni resultado, ajena al elevado criterio que preside en la ejecución del plan universal.

Los individuos que en ningún momento de su vida hayan tenido un pensamiento elevado, un pensamiento que traspase los límites de lo terreno, no pueden tener *Devachán*; están irremisiblemente perdidos; abandonados por sus principios superiores, son monstruos que pueden aún reencarnarse, pero que de descenso en descenso, llegarán al día de la gran *pralaya* para disolverse en el caos. Los casos de esta especie son muy raros con relacion á los millones de seres humanos. Son, únicamente, esos ejemplares de iniquidad que han pasado su vida entera odiando la humanidad é imaginando el modo de agravar sus dolores; criminales feroces, incapaces de redención, magos negros entregados á los poderes más dañinos del mundo oculto; pues la luz del Logos, suprema emanación de la esencia divina, encuentra siempre, y salvo muy raras excepciones, alguna brecha en las conciencias de más negra densidad por donde penetrar, aunque no sea sino en la forma de indefinida aspiración hacia un algo más allá del torbellino del mundo, y éste, siquiera pasajero y débil rayo de la eterna luz, imprime su huella en la mónada y la hace apta para disfrutar algún reposo *devachánico*, asegurándole así su permanencia dentro de la oleada humana para que pueda labrar su propia redención.

La duración del *Devachán* varía hasta lo infinito, conforme á las circunstancias y adelantos de la entidad que ingresa en él. Los adeptos han indicado que para el tipo medio humano, el período entre encarnación y encarnación, es de mil á mil y quinientos años. Los que han comenzado á tener conocimiento de la doctrina secreta y á ajustar á ella su conducta, adelantan el momento de su reencarnación; y los iniciados renacen á los pocos años después de la muerte.

NIRVANA.

Según se ha indicado, á las Rondas sexta y séptima corresponde el desarrollo de los principios sexto y séptimo; *Buddhi* y *Atma*.

La vida en tales períodos será completamente espiritual, y no podrán, por tanto, penetrar en ellos sino las mónadas que hayan adquirido el consiguiente grado de desarrollo; las que hayan desenvuelto por completo su quinto principio: el Manas.

Así que, cuando la oleada humana vuelva á encontrarse de nuevo en la tierra, y cuando haya llegado á la mitad de su nuevo paso por este planeta, estará en el punto medio de la quinta Ronda, y éste es precisamente el momento crítico de toda la evolución. Sólo los individuos que hayan alcanzado para entonces las condiciones que en la actualidad ostentan los

Iniciados, son aptos para pasar los umbrales de la nueva vida. Un abismo separa las condiciones de la vida actual de las que han de servir de base á los progresos que deben realizarse en las Rondas sexta y séptima. Allí no tienen cabida las pasiones; allí han de haberse extinguido las propensiones animales, las vocaciones mundanas. Desarrollada la intuición y el sexto sentido, habrá una comunicación directa con el Espíritu Universal; y la dicha inefable de esta comunicación, los goces para nosotros incomprensibles, de sentirse sumidos en el seno del Infinito, absorberán por completo la atención de los seres gloriosos que constituyan la humanidad de aquellos tiempos futuros.

La suerte de los individuos que no hayan logrado arribar á esas orillas, es bien triste por cierto. Están condenados á esperar á que una nueva ola humana comience su septenario movimiento, para ingresar en ella y volver á recorrer lo ya recorrido á vueltas de tan duras penalidades, para ver de lograr en esta segunda evolución la tierra prometida. ¡Ah! ¡Cuántos acaso de nosotros habremos pasado por el terrible trance! ¡Cuántos, sin saberlo, habremos hecho estériles las pruebas de pasadas evoluciones, por la pertinacia en mirar como real un mundo que proclaman ilusorio cuantas circunstancias nos rodean! La voz secreta de nuestra conciencia, que es el *Absoluto* que en nosotros reside, constantemente trata de despertarnos del sueño de la vida de los sentidos á la realidad de la vida del espíritu. Estas íntimas amonestaciones se acentúan y se hacen más manifiestas, á medida que avanza el período que nos acerca al punto crítico de la evolución. Las ciencias ocultas se difundirán por toda la tierra; los sentidos de la clarividencia y de la clariaudiencia que ya poseen de un modo incipiente muchas gentes contemporáneas, serán patrimonio de toda la raza; el desarrollo intelectual tocará los límites de la intuición; merced á todo esto, la verdad una se ofrecerá sin rebozo á todos los espíritus por modo tal, que será preciso cerrar los ojos á la evidencia para no verla, sentirla y considerarla único norte de nuestras acciones y pensamientos. Quien en tal situación no se deje arrebatar por la corriente espiritual; quien en medio de los fulgores del espíritu, envuelto en una atmósfera de entusiasmo por la realización de más altos destinos, se sienta atraído por viles apetitos, y se entregue sin lucha á la satisfacción de los placeres sensuales, se declara inepto para franquear el abismo que separa el mundo de la materia del mundo del espíritu, y, por tanto, se verá obligado á esperar la coyuntura de una nueva promoción de vida, en que haya de adquirir nuevas experiencias que le hagan apto para traspasar el límite de lo sensible.

Si aspiramos á conseguir esa elevada situación que debe ponernos en condiciones de hacer una vida completamente espiritual, es indispensable que nos reconcentremos con frecuencia dentro de nosotros mismos, con el objeto de desarrollar la facultad intuitiva, y mediante su vívida percepción, despojarnos del concepto del Yo personal, y llegar á comprender que lo que dentro de nosotros piensa, es lo *Impersonal*; que la entidad íntima de nuestra conciencia es lo Universal, esto es, el Absoluto mismo; que nosotros somos el Absoluto, en una palabra; y que la imagen arraigada en nuestro sentido interno, que tomamos por el Yo personal nuestro, es sólo la sombra que el Absoluto proyecta sobre nuestra conciencia; la manifestación del Espíritu Universal, tal y como nos es dado percibirlo en el grado de desarrollo psíquico que hemos alcanzado.

Todo el Universo que afecta á nuestros sentidos, desde el polvo de nuestra atmósfera á esas miríadas de soles que contemplamos en el firmamento, es, lo mismo que nuestro Yo personal, tan sólo una ilusión; fantasmagorías de este sueño que llamamos vida; fantásticas creaciones, con las cuales el hombre, ignorante de lo que es, llena espacios imaginarios adonde transporta las revelaciones que le hace el Absoluto, oculto en el secreto de su íntimo ser. El Universo no es más que ese mismo ser íntimo nuestro, velado por la forma ilusoria conque lo envuelve nuestra ignorancia, el cual, á medida que ésta se disipa al compás del desarrollo de nuestras facultades espirituales, nos hace nuevas revelaciones, ensanchando nuestros hori-

zontes y agrandando el Universo á nuestra vista. Así las chispas luminosas que matizaban la bóveda celeste, se convirtieron en esferas, en mundos y en soles que iluminan sistemas planetarios; entrevimos la posibilidad de la existencia de humanidades como la nuestra, sembradas en toda la extensión del espacio infinito; y más allá de donde alcanza nuestra vista, presumimos espacio y más espacio, conteniendo otros mundos y otros soles en sucesión tan continua, que da vértigos á la imaginación. La idea del infinito se ha despertado entonces en nosotros; ignoramos su naturaleza; su esencia nos abruma; pero lo concebimos como un algo que contiene á esos mundos, y soles, y sistemas planetarios como átomos pulverizados en su inmenso seno.

Un paso más en el desarrollo de nuestro ser interno, y el Universo físico se convertirá en Universo ideal; un paso más, y mundos y soles y sistemas planetarios, se transformarán en concepciones de la Mente Universal; la esfera celeste y el espacio sin límites en seno del Pensamiento Absoluto, y los seres vivos y las humanidades que los recorren en ideas que se desprenden de aquella Mente y se extienden en forma de verbo inarticulado, cual vibración de la Mente misma, en ondulaciones que se ensanchan hasta abarcar todo el Océano de luz de la conciencia infinita. Entonces aparecerá á la consideración de nuestro sentido interno que las relaciones que habíamos atribuído á las fingidas realidades, son relaciones de las ideas vivas que cruzan el campo de nuestra visión intuitiva; que las leyes que habíamos presumido regulando los vertiginosos movimientos de los mundos, son el flujo de nuestro propio pensamiento, discurriendo por cauces misteriosos en seguimiento de sublimes aspiraciones, y que todas esas brillantes esferas que centellean en ese espacio á que las refiere nuestra vista material, están *aquí*, dentro de nosotros mismos, que son chispas de nuestra propia Mente, donde despide sus destellos el Absoluto que está dentro de nosotros, que es nuestro propio ser, nuestro YO *más alto*, nuestro YO *impersonal*.

Así habremos cumplido la antigua máxima: HOMBRE, CONÓCETE Á TI MISMO; y habremos completado el desarrollo de los principios superiores en las últimas etapas de la evolución. Las inclinaciones mundanas y las pasiones se habrán extinguido; y borrada hasta la memoria del deseo, habrá cesado para nosotros la necesidad de nuevas encarnaciones, con lo cual se abren las puertas del *Nirvana*, término adonde conduce el desarrollo completo de nuestra espiritualidad durante el actual Manvántara, aspiración suprema que se realiza con el desenvolvimiento del séptimo principio, *Atma*, en el cual habremos de confundirnos.

El Nirvana ha sido muy mal comprendido por los orientalistas, quienes han difundido sobre él ideas completamente falsas. Enterados muy á la ligera de las creencias del pueblo indio, las noticias que han dado sobre ellas, tenían que ser naturalmente erróneas; y así es como han podido decir que el Nirvana equivale al aniquilamiento ó á la *nada*. Si hubiesen penetrado el sentido profundo de este dogma de las religiones indostánicas, no habrían incurrido en semejante falsedad; pues lo que precisamente puede decirse del Nirvana es todo lo contrario; esto es, que constituye la plenitud del ser. Las entidades humanas, después de haber recorrido los ciclos de su evolución, acaban por reconocer la realidad; acaban por adquirir la perfecta conciencia de su naturaleza divina, de su identidad con el GRAN TODO. Pues bien; á este estado de perfecto conocimiento, á esta identificación de la mónada humana con el ESPÍRITU UNIVERSAL, es á lo que se llama *Nirvana*.

¿Cómo pudieron considerar tal estado los orientalistas aludidos, como equivalente á la nada? El Espíritu Universal es lo único que existe, y nosotros somos manifestación suya. Si hoy no lo reconocemos, es por razón del atraso de nuestras facultades psíquicas. ¿Vamos á deducir por esto que mientras vivimos en la ignorancia de lo que somos, existimos realmente, y que el día que alcancemos el conocimiento de nuestro propio ser, nos aniquilamos? Donoso razonamiento harían los que tal cosa dedujesen. Pero lo que hay de cierto es, que los sabios á que nos hemos referido, no se han dado cuenta de lo que el Nirvana significa. Han oído decir que

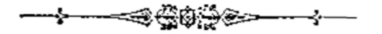
con el Nirvana acaba el ciclo de las reencarnaciones, y esto lo han interpretado caprichosamente por cesación de toda existencia, sin comprender que lo que verdaderamente cesa es la existencia ilusoria, para dar comienzo á la existencia real.

En efecto; por lo que llevamos dicho, ha podido entenderse hasta qué punto es cierto que la vida que recorremos en este mundo de los sentidos, tiene más de sueño, de existencia imaginaria, que de vida verdadera. La vida real comienza allí donde tomamos las cosas como efectivamente son; donde logramos el pleno conocimiento de nosotros mismos y de cuanto nos rodea. Y esto es precisamente lo que se obtiene en el Nirvana, que no es más que el estado de conciencia en que el velo de la ilusión cae por completo ante nuestra vista, y en que el Absoluto nos revela su último secreto.

Lo grandioso de tal estado se escapa á nuestra penetración. Reconocernos de la esencia divina, sentirnos en el Absoluto mismo á quien ni siquiera acertamos á vislumbrar en nuestra ceguera de hoy, es un ideal demasiado sublime para esta inteligencia acostumbrada sólo á especular con las engañosas impresiones de los sentidos. Y, sin embargo, ese es el ideal á cuya realización nos dirigimos, impulsados por la fuerza inmanente de nuestro propio ser, por el *Eswara* de los adeptos del Indostán, por el *Logos* de la escuela de Alejandría, por el *Verbo* de San Juan, por el *Christos* de los Gnósticos, expresiones todas que se refieren á la esencia divina inherente á nuestra existencia y generadora de nuestro conocimiento, el cual provoca y despierta en nosotros hasta convertirnos en órgano y asiento de la conciencia infinita.

El Nirvana, pues, lejos de ser la *nada*, es el todo; es la única situación real, donde toda ficción ha desaparecido. Sentirnos y reconocernos en el Absoluto, vale tanto como decir que allí sólo existe lo absoluto, y que cuanto hoy pensamos de personal, de dividido ó separado, no llega al Nirvana. La evolución, que desde nuestro punto de vista es un movimiento incesante entre dos infinitos, la absoluta inconciencia y la conciencia absoluta, el caos y la luz, la materia inerte y el espíritu creador; la evolución, que aparece engendrando la más engañosa de las ilusiones, el tiempo, arrastrando el pasado, inmensa cola siempre desvanecida que pretende tocar una sombra, el presente, el punto matemático, la nada, para dar paso á otro fantasma, el porvenir, sin cesar prometido, sin cesar alejado; la evolución adquiere en el Nirvana su verdadero aspecto. Allí aparece como el pensamiento divino, perenne é inmutable, del cual nada se ha extinguido ni nada está por realizar, sino que es de toda actualidad. Allí aparece la evolución como el conocimiento absoluto, conteniendo en sí todas las inflexiones de la Mente divina, ostentadas en facetas infinitas, cada una de las cuales representa un sujeto del pensamiento, que no otra cosa es este Yo nuestro, este actor de la comedia del mundo, más que un grado de la evolución, una de las fases de la conciencia absoluta. Así, pues, el pensamiento divino en la diáfana perspectiva del Nirvana, viene á ser como especie de cuadro sintético en que el pasado y el porvenir aparecen esculpidos en presente inextinguible, y eternamente grabados en cada faceta, revelando el secreto del Gran Todo, los *microcosmos* que, al unísono con las vibraciones de la Mente divina, cambian de aspecto desde el obscuro molde de la materia caótica hasta la efulgencia del Espíritu Universal. Entonces nos será dado reconocer el movimiento evolutivo que hoy estamos siguiendo, y comprenderemos que lo que realmente hemos hecho, es descifrar sucesiva y paulatinamente nuestro propio divino pensamiento, que nos estaba velado por la transformación misteriosa de la conciencia absoluta que existe fuera del tiempo y del espacio, en la conciencia relativa que existe dentro del espacio y del tiempo.

Este será el último secreto con que el Infinito nos abra las puertas de la inmortalidad, para disfrutar en el reposo de su inmenso seno de la *plenitud* de la existencia, de la cual nuestra mente en vano se esforzaría por darse una representación siquiera aproximada.



arrollo de ese amor y compasión que puede abarcar á todos los hombres sin distinción de raza, sexo, clase, creencia ó casta. En el segundo se encuentra el proceso de libertar la mente de prejuicios y errores en materias de religión, filosofía y ciencia. Y estos dos son preparatorios para el estudio apropiado del tercer objeto, que trata de las leyes no descubiertas de la Naturaleza, y de los poderes psíquicos latentes en el hombre.

Este último estudio puede ser convenientemente clasificado bajo dos títulos: (a) Ocultismo Teórico, y (b) Ocultismo Práctico. Pero antes de tratar de estos dos aspectos del Ocultismo, debo insistir en que se haga una gran distinción entre el Ocultismo verdadero espiritual, y las Artes Ocultas ó Magia.

Bajo la denominación de Magia y Artes Ocultas, caen artes y ciencias tales como el hipnotismo, mesmerismo, magia ceremonial, astrología, alquimia física, el uso de hechizos y de encantos, nigromancia, cartomancia, quiromancia, geomancia y otras mil artes *mágicas*, clarividencia física y astral, clariaudiencia, psicometría y una lista casi inagotable que cualquier persona versada en el asunto puede llenar á su gusto. No hay necesidad de que un hombre sea moral para que pueda practicar alguna de estas cosas. Todo el que tenga un organismo sensible en un grado cualquiera á las influencias del plano de materia próximo al nuestro, puede convertirse en un acreditado psicómetra, cartomántico, quiromántico ó cualquier otro mago, ó en un astrólogo ó vidente astral. Y hasta aun cuando una persona no tenga aquella cualidad, puede convertirse en un poderoso hipnotizador ó magnetizador, y hasta en un gran alquimista físico ó mago ceremonial y hechicero, si le enseñan los métodos verdaderos ó los descubre por sí mismo. Y en este punto no me tomo molestia alguna para convencer á los escépticos de la verdad de estas artes, pues me dirijo solamente á los que saben que existen y que son verdaderas. Pero lo que es digno de notarse, es que los mayores malvados que puedan existir en la tierra, si tienen aptitud natural ó poseen el secreto, pueden practicar con éxito tales cosas. Esta es la razón porque semejantes artes han sido guardadas con el mayor sigilo en el pasado, y son todavía secretas en su gran mayoría. Pero algunas de las Artes Ocultas principian á ser conocidas, especialmente el hipnotismo y magnetismo; y es de necesidad imperiosa señalar los peligros que amenazan la sociedad, por colocar el conocimiento de tales cosas en las manos de personas inmorales y nada escrupulosas.

Que cualquier hombre de naturaleza seria y compasiva estudie la ciencia del hipnotismo, y vea lo que es la fuerza espantosa de sugestión sobre un sujeto hipnotizado, y que diga si semejante poder sobre la vida y la muerte moral, y hasta sobre la vida y la muerte física, debe colocarse en poder de cualquier hombre, ó lo que es peor, se reserve á la facultad de medicina, sólo por serlo. Esta facultad, que niega *in toto* las Artes Ocultas, y que está principiando á divertirse con experimentos en la más peligrosa de las ciencias conocidas, nos dice, por un lado, que una sugestión puede disiparse con la misma facilidad que se ha sugerido, y por otro, que el sentido moral del sujeto le permitirá resistir á la sugestión de cometer un crimen hasta en el estado hipnótico. Pero esto no es verdad; pues una sugestión es una semilla hondamente plantada en el suelo propicio de la naturaleza psíquica de la mente inferior del hombre, que florecerá en un acto tan pronto como se presenten circunstancias adecuadas ó sucesos apropiados al caso. El público no sabe todavía, en qué plaga espantosa para la sociedad puede convertirse un hombre sin escrúpulos con una fuerte voluntad hipnótica; la gente respetable y escéptica ignora la facilidad con que sus hijas jóvenes, que son las más sensibles á las influencias hipnóticas y á las sugestiones, pueden ser conducidas voluntariamente á su ruina, víctimas de miserables sin escrúpulos; no sabe cuán relativamente fácil es hacer firmar testamentos en favor de un aventurero hipnotizador, ó decir á un conocido de casualidad en dónde guarda la llave de sus cajas de caudales. Y, sin embargo, el hipnotismo está muy lejos de ser la más poderosa de las Artes Ocultas. Hay poderes capaces de dominar á las naciones tan fácilmente como á los individuos, los cuales están al alcance de un leproso moral que tenga la fuerza de Vo-

luntad suficiente; poderes todos que está en condiciones de adquirir el animal humano, que es, en verdad, un millón de veces más potente para el mal que la bestia más salvaje.

Pero ningún hombre de estos es Ocultista; puede ser un mago y un manipulador de las Artes Ocultas, indigno de desatar la cinta de los zapatos del verdadero Ocultista, cuyo corazón responde á los latidos del Océano de Compasión, y cuya mente vibra al unísono con la gran Armonía del Universo Inteligente.

¡Cuántos hay que creen ser Ocultistas simplemente porque pueden decir un horóscopo ó ver un cuadro en la Luz Astral, ó psicometrizar el contenido de una carta, ó mantener el aliento por un poco de tiempo más que otras gentes, ó reconocer los fantasmas á primera vista! Y, sin embargo, no están á mil leguas de los portales de la escuela infantil del Ocultismo, en donde los «niños» aprenden las letras de los elementos y deletrean los *mantras* del Universo. Pero pocos son los que quieren «convertirse en niños»; pocos son los que desean entrar en la clase última de los «inocentes». La inteligencia, que es fruto normal de la vanidad y del egoísmo del siglo XIX, se considera apta para las concepciones más elevadas de la escuela y hasta para ser maestro de ella; y así, si llegase á creer en la Ciencia Oculta, querría leer todos los libros de esta Ciencia y entrar en los experimentos prácticos antes de haber aprendido siquiera las letras ó la teoría.

Pero volvamos á la parte teórica del Ocultismo verdadero. Este tiene que aprenderse de boca de un Ocultista ó descubriéndolo en los libros. Dichosos aquéllos que encuentran un maestro; pues los maestros son pocos, y aunque quieran enseñar encuentran rara vez discípulos que estén prontos ó deseosos de someterse á la disciplina necesaria, aun antes de que el conocimiento teórico pueda serles comunicado. Por otro lado; mucho puede aprenderse en los libros; pero el estudio sería de una dificultad enorme y sin resultado, á menos que la intuición espiritual del estudiante se desarrolle por la purificación del deseo y el hábito de la concentración mental. Pero hasta el aspecto teórico del Ocultismo es para pocos. Es solamente para aquéllos que no tienen intereses egoístas; no es para los que dudan, ni para los perezosos, ni para los tímidos y vacilantes. Una vez que se despierta el deseo del Conocimiento Espiritual y la posibilidad de realizarlo, no se necesita otro impulso. La mente en lo sucesivo «se fija en un punto» y avanza con firmeza, atrayendo á sí por selección natural todo el conocimiento preliminar necesario. El hombre se ha hecho consciente de sí mismo; está alerta, es inteligente y considera á los demás como personas que están en un sueño ó bajo la influencia hipnótica de los sentidos. Pero ni aun así puede hacer nada práctico sin peligro, hasta que encuentre un maestro; y lo encontrará cuando se halle en disposición.

Lo que sea el lado práctico del Ocultismo, no lo ha declarado H. P. B. distintamente en las obras que publicó. Si lo hubiese hecho, no hubiera sido ya «oculto»; pero nosotros sabemos que los verdaderos secretos espirituales son de tal naturaleza, que no pueden comunicarse con palabras. En el Artículo sobre *Ocultismo Práctico* á que ya me he referido, H. P. B. no dice lo que es el Ocultismo Práctico, sino que da tan sólo «una idea aproximada de las condiciones bajo las cuales puede proseguirse sin peligro el estudio de la Sabiduría Divina» aun cuando se haya encontrado un maestro. A este objeto escoge 12 preceptos de entre los 73 de un tratado sobre instrucción práctica, cuyos puntos principales son los siguientes:

El sitio escogido para la instrucción tiene que estar completamente libre de toda clase de influencias malignas, físicas, mentales y morales, sitio muy difícil sino imposible de encontrar en cualquiera ciudad populosa.

Antes de que al estudiante se le de ninguna instrucción práctica «cara á cara», tiene que adquirir instrucciones preliminares dentro de un grupo de estudiantes compañeros, y no se le dará otra enseñanza á menos que el estudiante haya purificado su mente por completo y esté «en armonía con todos, *especialmente con sus otros yo*, esto es, con sus compañeros.»

Estos tienen que estar unidos «como los dedos de la mano», y si la alegría ó el pesar de

alguno no encuentra eco en el corazón de los otros, entonces no existen las condiciones requeridas, pues los discípulos son como las cuerdas de un laud, que difieren en textura y tensión, pero que deben estar afinadas en el tono conveniente, antes de que la mano del Maestro pueda evocar por su medio las armonías naturales que guardan las palabras de la Sabiduría.

Además tiene que renunciarse por completo á todas las vanidades del mundo; ¡y cuánto de lo que el mundo cree más grande y más noble, parece vana ilusión á la mente tranquila y espiritualizada del que ha puesto su pie en el sendero del verdadero Ocultismo!

Por otro lado—y esta es quizás una de las cosas más difíciles de comprender para un hombre de Occidente—aunque el corazón del neófito debe «latir respondiendo á todo lo que vive y alienta, tiene, sin embargo, que aislarse físicamente de todo contacto con los demás. Su cama, su copa y su taza no pueden ser tocadas por nadie más que por él. Esto explica la causa del aislamiento de los brahmanes, y el que rehusen tocar la mano de otro, y que arrojen el vaso en que haya bebido alguno que no sea brahman. Explica también la escudilla mendicante de los buddhistas Bikshu, y las palabras de Jesús «¿quién me ha tocado?; pues noto que la virtud se ha ido de mí.»

«Su mente tiene también que permanecer cerrada para todo lo que no sea las verdades universales de la naturaleza»; y, por último, no debe tocar ningún alimento animal, ni vino, ni espíritus ó narcóticos; y, sobre todo, tiene que ser absolutamente casto, tanto física como mentalmente.

Siendo, pues, tales las condiciones, ya es tiempo de que los miembros de la Sociedad Teosófica no consideren lo mismo el Ocultismo que las Artes Ocultas; y que cuando oigan hablar de personas que pueden decir un horóscopo y hasta evocar un elemental, se abstengan de darles inmediatamente el nombre de ocultistas; pues tales aficionados á la magia pueden ser gentes incapaces de soportar un examen de honradez ordinaria, y mucho menos sufrir honrosamente las pruebas escrutadoras de las leyes morales ocultas.

Aquellos que comprenden la diferencia teosófica entre la Personalidad y la Individualidad—entre el compuesto no permanente y semi-animal de que está formada la mayor parte de la humanidad, y el hombre inmortal espiritual dentro de esta personalidad—la cual, en la gran mayoría de los casos, es desconocida y negada, verán fácilmente la diferencia entre el Ocultismo verdadero y las Artes Ocultas. El Ocultismo pertenece á la trinidad superior del hombre, á la divina Individualidad que permanece durante todo el ciclo de renacimientos, mientras que las Artes Ocultas son logros de la Personalidad, de lo psíquico inferior ó alma, que ha sido muy bien llamada, «la sensual, terrestre y diabólica.»

Entiéndase que no digo que porque un hombre estudie las Artes Ocultas, haya de ser «terrestre, sensual y diabólico;» pero sí aseguro que una persona completamente entregada á la perversidad, puede hacer el mismo progreso en los aspectos *inferiores* de estas artes que el estudiante honrado y desinteresado. Pero todas estas artes son simplemente reflecciones inferiores del Arte Verdadero, Oculto y Uno que pertenece á la Triada Superior en el hombre; una vez que el «Ojo de Shiva,» el órgano de la visión espiritual, queda descubierto, son ya inútiles todas estas artes. Hay un Sentido Espiritual que es Uno, y puede llamarse clarividencia espiritual ó clariaudiencia espiritual ó cualquiera otra de las facultades ocultas ó artes con el calificativo «espiritual,» no dejando, sin embargo, de ser uno. «Así, pues, el Ocultista, por lo que respecta al conocimiento técnico de las Artes Ocultas, puede ser como uno que no tenga nada, pero que sin embargo, posea todas las cosas».

En conclusión; el Ocultismo no es la Teosofía en el sentido ordinario de la palabra, ni mucho menos las Artes Ocultas; pues un verdadero Teosofista está mucho más cerca del sendero del Ocultismo que el chisgaravis en *les sciences maudites*. Hay otra cosa además que el espíritu obstruccionista de la época, que quiere introducir su mugrienta y ofensiva persona en todos los santuarios, haría bien en recordar. La Sabiduría Oculta no es ninguna ramera

que desee desplegar sus encantos ante el primero que llegue; es, por el contrario, una virgen casta, y el que quiera conquistarla, tiene que conseguirlo por medio del amor desinteresado y de la compasión, y de ningún modo con el ardor de la pasión. Tengamos presente la inscripción de Sais en el antiguo Egipto, que decía á los devotos en el Santuario de Isis: «Yo soy todo lo que ha sido, es y será; y mi velo no ha sido levantado hasta ahora por ningún mortal.»

¿Y por qué no ha levantado ningún «mortal» el velo de la naturaleza espiritual? Sencillamente porque tiene que convertirse en «inmortal» y conquistar la muerte, antes de poder desgarrar en dos el Velo del Templo de la Naturaleza. En otras palabras; tiene que vivir en la conciencia de su Yo inmortal, y ser uno con ella, lo mismo que «Jesús» era uno con su «Padre,» y que el «Corazón» de Buddha era uno con Bodhi, el Océano de Amor Epiritual.

Pero aunque todos no podemos ser Buddhas ni Cristos en una encarnación;—pues los libros sagrados nos dicen que desde el momento en que el corazón principie á desear con ardor la libertad espiritual, tienen que vivirse al menos siete vidas antes de alcanzar la meta;—sin embargo, todos podemos prepararnos para la jornada. Podemos hacer que sean blancas nuestras vestiduras; esto es, podemos purificar las vestiduras de nuestra mente y de nuestros deseos, de nuestros sentidos y de nuestra carne, de modo que en otra encarnacióu podamos tener un tabernáculo apropiado para que el Espíritu de Amor que en él ha de morar, nuestro Yo Superior, se manifieste al mundo.

G. R. S. MEAD. F. T. S.

LAS DIEZ VIRTUDES DE PERFECCIÓN

LAS DASA PÁRAMITÁS

D'na. — Caridad. La renuncia á todo lo que uno ama.
Sila. — Una vida de pureza perfecta en obras, palabras y pensamientos.
Naishkramya. — La renuncia de sí mismo por el bien del mundo.
Pragñá. — La adquisición del conocimiento espiritualizador.
Virya. — La energía inquebrantable y el esfuerzo perseverante en el cumplimiento de nuestros deberes hacia la humanidad.
Kshâti. — La paciencia y el perdón constantes ante la persecución más dura.
Satya. — La verdad ante todo y á toda costa.
Adhisthána. — El cultivo del poder de la voluntad.
Maitri. — La compasión ilimitada hacia todos los seres vivientes.
Upeksha. — La suprema indiferencia ante la alabanza y el vituperio.

SAPTA BAUDDHÁNGAS

LAS SIETE PERFECCIONES

1. *Sati Sambojjhanga.* — La eterna vigilancia de la mente; el evitar las malas compañías; el asociarse con los hombres puros y sabios cuyos pensamientos son elevados.
2. *Dhamma vicaya.* — El análisis del pensamiento; el estudio de los principios del hombre; de los elementos de los sentidos; de las tendencias espiritualizadoras de la mente; el desarrollo de la propia confianza, la energía y la concentración.
3. *Virya.* — La decisión.
4. *Priti.* — El entusiasmo para llevar á cabo los objetos de la vida superior.
5. *Phassadi.* — La conservación del equilibrio de la mente.
6. *Samádhi.* — La concentración de la mente purificada.
7. *Upeksha.* — Indiferencia de la mente para cualquier existencia orgánica y para las influencias externas.

UNA VIDA ENCANTADA

(COMO LA REFIRIÓ UNA PLUMA)

POR

H. P. BLAVATSKY

Introducción

Era una noche fría y obscura del mes de Septiembre de 1884. Densas tinieblas invadían las calles de A*, pequeña ciudad del Rhin, y se extendían como un negro manto funerario sobre la triste ciudad fabril. La mayoría de sus habitantes, cansados por las duras y prolongadas faenas del día, se habían retirado ya algunas horas antes á extender sus miembros fatigados, y á reposar su dolorida cabeza en la almohada. Todo estaba tranquilo en la casa grande; todo era reposo en las desiertas calles.

Hallábame yo también en mi lecho, pero ¡ay! no era un lecho de reposo sino de dolor y enfermedad, donde me hallaba sepultada desde hacía unos días. Tan silencioso estaba todo en la casa, que como dice Longfellow, su silencio parecía que casi se oía. Yo podía oir distintamente el murmullo de la sangre al correr por mi cuerpo dolorido, produciendo aquel canto monótono, tan familiar para el que tiene la costumbre de prestar un oído atento al silencio. Lo estuve escuchando hasta que se desarrolló en mi sobrexcitada imaginación, á manera del ruido de una catarata lejana, ó de la caída de poderosas moles de agua....., cuando repentinamente, cambiando de carácter aquel «canto» siempre creciente, se transformó en otro sonido mucho más placentero. Era el susurro bajo, y apenas perceptible en un principio, de una voz humana. Se aproximaba, y ganando gradualmente fuerza, parecía hablar en mi mismo oído. Era como una voz que hablase á través de un lago azul y tranquilo, en una de aquellas gargantas maravillosamente acústicas de las montañas de nevadas crestas, donde el aire es tan puro, que una palabra pronunciada á media milla de distancia parece que suena casi á nuestro lado. Sí; era la voz de uno á quien no se puede conocer sin venerarle; de uno que, debido á mis asociaciones místicas, es para mí de lo más querido y más santo; una voz familiar desde hace muchos años y siempre bienvenida; y que lo es doblemente en los momentos de dolor físico ó mental, porque trae consigo siempre un rayo de esperanza y de consuelo.

¡Animo! — murmuró en un tono suave y dulce. — Pensad en los días que habéis pasado en cariñosa compañía; en las grandes lecciones recibidas de las verdades de la Naturaleza; en los muchos errores de los hombres respecto de estas verdades, y tratad de añadir á ellas la experiencia de una noche pasada en esta ciudad. Dejad que la narración de una vida extraña, que de seguro os interesará, ayude á hacer más cortas las horas de sufrimiento..... Prestad atención. ¡Mirad allí delante de vos!

«Allí» significaba las ventanas grandes de una casa desalquilada que había al otro lado de la estrecha calle de la ciudad alemana. Estaban aquellas ventanas en frente de las mías, casi en línea recta, y mi cama estaba precisamente colocada frente á las de mi alcoba. Obedeciendo á aquella insinuación, dirigí la mirada hacia ellas, y lo que vi me hizo en aquellos momentos olvidar los crueles dolores que sentía en mi brazo y en todo mi cuerpo, atacado de reumatismo.

Sobre las ventanas serpenteaba una bruma, ó más bien una espiral de niebla blanquecina, densa y pesada, que parecía la sombra enorme de un boa gigantesco, desarrollando lentamente su cuerpo. Gradualmente desapareció, dejando en su lugar una claridad brillante, suave y argentina, como si las vidrieras que estaban detrás reflejasen mil rayos de luna, ó el cielo

estrellado de los trópicos, primero desde fuera y luego desde dentro de las solitarias habitaciones. Después vi que la niebla se alargaba y arrojaba, como si dijéramos, un puente encantado, al través de la calle, desde las hechizadas ventanas hasta mi balcón, terminando en mi propia cama. De repente, mientras continuaba yo mirando, la pared, las ventanas y la casa de en frente se desvanecieron en un abrir y cerrar de ojos. El espacio ocupado por las vacias habitaciones se había transformado en el interior de otra habitación más pequeña—de lo que deduje que era un chalet suizo—en un estudio cuyas antiguas y obscuras paredes estaban cubiertas desde el suelo al techo de estantes llenos de libros, figurando entre ellos muchos volúmenes antiguos, así como varias obras de fecha más reciente. En el centro estaba colocada una mesa de forma anticuada, literalmente cubierta de manuscritos y materiales de escribir. Delante de ella, pluma en mano, estaba sentado un viejo personaje de ceñudo aspecto, que parecía un esqueleto, con una cara tan delgada, amarilla y demacrada, que la luz de la pequeña lámpara que había en la habitación, se reflejaba en los pómulos que formaban en su cara dos puntos brillantes, como si fueran de marfil.

Al tratar de poder verlo mejor, levantándome penosamente sobre mis almohadas, toda la visión, chalet y estudio, mesa, libros y escribiente, parecieron fluctuar y moverse. Una vez en movimiento, se aproximaron más y más hasta que, deslizándose silenciosamente á lo largo del pálido puente de nubes al través de la calle, flotaron por entre las ventanas cerradas en mi propia habitación, y, últimamente, parecieron instalarse al lado de mi cama.

Escuchad lo que piensa y lo que va á escribir —dijo en tono suave la misma voz familiar allá á lo lejos, y que, sin embargo, parecía tan cercana.—Así veréis una historia cuya narración podrá contribuir á hacer más cortas las horas de insomnio, y hasta haceros olvidar por algún tiempo vuestros dolores..... ¡Ensayad! — añadió, — usando la tan conocida fórmula de los Rosacruces y Kabalistas.

Ensayé lo que se me ordenaba. Concentré toda mi atención en la solitaria figura que veía delante de mí, pero la cual no me veía. Al principio, el ruido de la pluma de ave con que escribía el anciano, no sugirió á mi mente más que un ténue murmullo de naturaleza indescriptible. Después, gradualmente, mi oído cogió las confusas palabras de una voz débil y distante, y me figuré que aquel personaje que delante de mí se hallaba, encorvado sobre su manuscrito, estaba leyendo su relato en alta voz, en lugar de escribirlo. Pero pronto salí de mi error. Fijando mi vista en la cara del viejo, ví de una ojeada que sus labios estaban comprimidos y sin movimiento, y que la voz era demasiado delgada y sutil para ser la suya, y lo que era más extraño: á cada palabra que trazaba aquella mano débil y decrépita, veía salir por debajo de su pluma un ligero resplandor, una chispa brillante y coloreada que instantáneamente se convertía en un sonido, ó lo que es lo mismo, parecía hacerlo así para mis percepciones internas. Era verdaderamente la diminuta voz de la pluma la que oía, aun cuando el que escribía y la pluma se hallaban quizás en aquel momento á centenares de millas de Alemania. Cosas semejantes ocurren alguna vez, especialmente de noche, bajo cuya estrellada sombra, como nos dice Byron, «..... aprendemos el lenguaje de otro mundo.....»

Como quiera que sea: las palabras pronunciadas por la pluma quedaron grabadas en mi memoria durante muchos días; pero no tuve que esforzarme en retenerlas; pues cuando me dispuse á recordar la historia, la encontré, como de costumbre, indeleblemente trazada en las tabletas astrales delante de mis ojos internos.

De este modo no tuve que hacer más que copiarla y darla tal como la recibí. No pude averiguar el nombre del desconocido escritor nocturno. Pero aun cuando el lector prefiera considerar toda la historia como forjada á propósito ó quizás como un sueño, sin embargo, sus incidentes no dejarán por ello, según espero, de serle interesantes.

I

Historia del desconocido.

El lugar de mi nacimiento es una pequeña aldea enclavada entre montañas, un conjunto de cabañas suizas profundamente ocultas en un ángulo soleado entre dos glaciares desprendidos y un pico cubierto de nieves perpetuas. Allí hace treinta años que volví enfermo de cuerpo y de espíritu, dispuesto á morir si la muerte hubiera querido llamarme. El aire puro y vigorizador del lugar de mi nacimiento, decidió mi suerte de otro modo. Aún vivo; quizás con el objeto de dar testimonio de los hechos que he guardado profundamente secretos para todo el mundo; una relación de horrores que más quisiera callar que revelar. La razón de esta falta de voluntad en mí, es debida á mi temprana educación y á los sucesos ulteriores que dieron un mentís á mis preocupaciones más arraigadas y queridas. Alguien podrá sentirse inclinado á considerar estos sucesos como providenciales. Yo, sin embargo, no creo en ninguna Providencia, y á pesar de esto, no puedo atribuirlos á la mera casualidad. Los relaciono con la incesante evolución de los efectos engendrados por ciertas causas directas, y con una causa primaria y fundamental de la que se originó todo cuanto siguió después. Ahora no soy más que un débil anciano; sin embargo, la debilidad física no ha perjudicado en nada á mis facultades mentales. Me acuerdo de los menores detalles de aquella causa terrible que engendró tan fatales resultados. Estos son los que me proporcionan una prueba más de la existencia real de alguien á quien quisiera considerar; ¡oh, si yo pudiera hacerlo! como una entidad nacida de mi fantasía, como el producto efímero de un sueño febril y horrible. ¡Oh, que Ser tan terrible, tan bondadoso, todo perdón, tan santo y tan respetado! Él fué, este modelo de todas las virtudes, quien amargó toda mi existencia. Fué él quien arrojándome violentamente fuera de la gruta monótona, aunque segura de la vida ordinaria, fué el primero que, á pesar mío, me impuso la certidumbre de una vida futura, añadiendo así un nuevo horror á otro de por sí bastante grande.

Con objeto de exponer mejor mi situación, tengo que interrumpir estos recuerdos con unas cuantas palabras sobre mí. ¡Oh! ¡Cómo borraría si pudiese este odioso *Yo!*

Nacido en Suiza de padres franceses que concentraron toda la sabiduría del mundo en la trinidad literaria de Voltaire, J. J. Rousseau y D'Holbach, y educado en una Universidad alemana, crecí siendo ateo y materialista de pies á cabeza. Jamás hubiera podido ni tan siquiera imaginar la existencia de seres, y mucho menos la de un Ser, que estuviese por encima y fuera de la naturaleza visible, y como distinto de ella. De aquí que considerase como una pura quimera todo lo que no pudiera someterse al análisis de los sentidos físicos. Un alma, argüía yo, aun suponiendo que el hombre la tenga, tiene que ser material. Según la definición de Orígenes, *incorporeus*—epíteto que daba á su Dios—significa sólo una substancia más sútil que la de los cuerpos físicos, de la cual ni siquiera nos podemos formar una idea definitiva. ¿Cómo, pues, aquéllo de lo que nuestros sentidos no pueden darnos ninguna idea clara, ha de hacerse visible ó producir manifestaciones tangibles?

Por consiguiente, recibía las relaciones del naciente espiritismo con un sentimiento de completo desprecio, y consideraba con escarnio, y casi con ira, las insinuaciones de ciertos sacerdotes. Y verdaderamente estos últimos sentimientos nunca me han abandonado.

Pascal, en la parte octava de sus *Pensamientos*, confiesa su más completa incertidumbre sobre la existencia de Dios. Toda mi vida he profesado yo también una completa certeza de la no existencia de un ser extra-cósmico semejante, y repetía con aquel gran pensador las memorables palabras en que nos dice: «He examinado si este Dios, de quien todo el mundo habla, ha dejado alguna señal de sí mismo. Miro á todas partes, y en todos lados no veo más que

obscuridad. La Naturaleza no me presenta nada que no sea materia de duda y de inquietud.»

Hasta el presente, nada he encontrado, por mi parte, que pueda desviarme de tales sentimientos. Nunca he creído, ni creeré, en un Ser Supremo. Pero de las potencialidades del hombre, proclamadas en todas partes y de un modo especial en Oriente, de poderes de tal modo desarrollados en algunas personas, que las convierten virtualmente en Dioses; de esto ya no me río. Mi vida entera despedazada, es una protesta contra tal negación. Creo en tales fenómenos, y los maldigo cuando quiera que vengan y sea lo que quiera lo que los produzca.

A la muerte de mis padres, y debido á un pleito desgraciado, perdí la mayor parte de mi fortuna, y resolví adquirir otra para aquéllos que más amaba mejor que para mí. Mi hermana mayor, á quien yo adoraba, se había casado con un hombre de modesta posición. Acepté la oferta de una casa rica de Hamburgo, y me embarqué hacia el Japón en calidad de socio menor de la misma.

Durante varios años, mis negocios tuvieron buen éxito. Obtuve la confianza de muchos japoneses influyentes, por medio de cuya protección pude viajar y llevar á efecto negocios en muchas localidades muy difícilmente accesibles á los extranjeros, especialmente por aquel tiempo. Indiferente á todas las religiones, me interesé por la filosofía buddhista, único sistema religioso que consideré digno de ser llamado filosófico. Así, en mis ratos de ocio, visité los templos más notables del Japón, los más importantes y curiosos de los noventa y seis monasterios buddhistas de Kioto. He examinado por turno, Day-Bootzoo, con su campana gigantesca, Tzeonene, Enarino-Iassero, Kie-Missoo, Higadzi-Hong-Vonsi, y muchos otros templos famosos.

Pasaron varios años, y durante todo este período, no me curé de mi exceptismo, ni nunca se me ocurrió la idea de que pudieran cambiar mis opiniones en estas materias. Me burlaba de las pretensiones de los bonzos y ascetas japoneses, como lo había hecho de las de los sacerdotes cristianos y de los espiritistas europeos. No podía creer en la adquisición de poderes desconocidos y nunca estudiados por los hombres de ciencia; de aquí que me mofase de todas estas ideas. Los supersticiosos y atribulados buddhistas, enseñando el rehuir los placeres de la vida y la destrucción de las pasiones, para llegar á ser insensibles, tanto á la dicha como á los dolores, á fin de adquirir tales quiméricos poderes, aparecían, según mi modo de ver, ridículos hasta la exageración.

Un día, para mí siempre memorable —un día fatal — trabé conocimiento con un Bonzo venerable é instruído, sacerdote buddhista, llamado Tamoora Hideyeri. Me encontré con él al pie del dorado Kwon-On, y desde aquel momento fué mi mejor y mi más fiel amigo. A pesar de la consideración grande y sincera que por él tenía, siempre que se me presentaba una ocasión propicia, no dejaba de burlarme de sus convicciones religiosas, hiriendo con ello á menudo sus sentimientos.

Pero mi viejo amigo era tan apacible y misericordioso, como hubiera podido desearlo cualquier verdadero corazón buddhista. Nunca se dió por ofendido de mis impacientes sarcasmos, aun cuando eran, por lo menos, de una conveniencia equívoca, y generalmente limitaba sus contestaciones á esta especie de protesta: «esperad y veréis». No podía él tampoco creer seriamente que fuesen sinceras mis negaciones de la existencia de un Dios ó Dioses. El significado completo de la palabra «ateísmo» y «escepticismo», no estaba al alcance de su inteligencia, la cual, aparte de esto, era privilegiada y aguda en extremo. A modo de ciertos cristianos reverentes, parecía incapaz de darse cuenta de que cualquier hombre de buen sentido prefiriese las sabias conclusiones á que han llegado la Filosofía y Ciencias modernas, á la creencia ridícula en un mundo invisible lleno de Dioses y espíritus, de elementales y de demonios. El hombre es un ser espiritual — decía — que vuelve á la tierra más de una vez, y que es recompensado ó castigado en los intervalos.

La idea de que el hombre no es más que un montón de polvo organizado, estaba fuera

de su comprensión. Lo mismo que Jeremy Collier, rehusaba admitir que él no fuese más que «una máquina ambulante, una cabeza parlante sin alma», cuyos «pensamientos están todos limitados por las leyes del movimiento». Pues — argüía — si como decís, mis acciones estuviesen de antemano prescritas, y yo no tuviese más libertad y libre albedrío para cambiar el curso de mis acciones, que las que tienen las aguas corrientes de aquel río, entonces la gloriosa doctrina de Karma, del mérito y del demérito, sería realmente muy absurda.

Así, pues, toda la ontología de mi super-metafísico amigo se basaba en el débil edificio de la metempsícosis, en una imaginaria y justa Ley de retribución, y en otros sueños por el estilo, igualmente descabellados.

No podemos — dijo paradójicamente un día — esperar vivir después de esta vida en el completo uso de nuestra conciencia, á menos que hayamos construído de antemano para ello una base sólida de espiritualidad..... No os riais, amigo sin fe — alegaba bondadosamente; —antes bien meditad mucho sobre esto. El que no ha aprendido nunca á vivir en espíritu durante su vida consciente y responsable en la tierra, no puede esperar una existencia vívida después de la muerte, cuando privado de su cuerpo, se halle limitado sólo á aquel espíritu.

— ¿Qué entiende usted por la vida en Espíritu? — le pregunté.

— La Vida en un plano espiritual; aquella que los buddhistas llaman *Jushita Devaloka* (paraíso). El hombre puede crear para él esta dichosa existencia entre dos nacimientos, valiéndose de la transferencia gradual á aquel plano de todas las facultades que se manifiestan, durante su permanencia en la tierra, por medio de su cuerpo orgánico y de su cerebro animal, como vos le llamáis.....

— ¡Vaya un absurdo! ¿Y cómo puede el hombre hacer eso?

— La contemplación y un ferviente deseo de asimilarse los dioses benditos, puede proporcionárselo.

— Y si el hombre rehusa esta ocupación intelectual por la cual quiere usted significar, supongo, el fijar los ojos en la punta de la nariz, ¿qué le sucede después de la muerte de su cuerpo? — pregunté en son de burla.

— Será tratado de acuerdo con el estado que prevaleció en su conciencia, en la cual hay muchos grados. Cuando mejor, un renacimiento inmediato; cuando peor, el estado de AVITCHI ó infierno mental. Sin embargo, no es necesario ser un asceta para asimilarse la vida espiritual que se extiende más allá. Todo lo que se requiere, es probar á aproximarse al Espíritu.

— ¡Cómo! ¿Aun cuando no se crea en él? — repliqué.

— Aun así. Uno puede no creer, y, sin embargo, tener en su naturaleza sitio para la duda por muy pequeño que este sitio sea; y de este modo, ensayar un día, aunque no sea sino por un momento, el abrir la puerta del templo interior; y este momento puede ser suficiente al objeto.

— Sois decididamente poético y á la vez paradógico, reverendo amigo. ¿Queréis tener la bondad de explicarme un poco más ese misterio?

— No es esto ningún misterio; sin embargo, haré gustoso lo que pedís.

Suponed por un instante que algún templo desconocido, en el cual nunca habéis estado y cuya existencia creéis tener fundamento para negar, sea el «plano espiritual» del que estoy hablando; que álguien os toma de la mano y os conduce hacia su entrada, y que la curiosidad os hace abrir su puerta y mirar dentro. Por este sencillo acto, por entrar en él un segundo, habréis establecido una relación imperecedera entre vuestra conciencia y el templo. No podréis seguir negando su existencia ni borrar el hecho de haber entrado en él. Y según haya sido el carácter y la variedad de vuestro trabajo dentro de sus santos muros, así viviréis en él después que vuestra conciencia se halle separada de su mansión de carne.

— ¿Qué queréis decir? ¿Qué tiene que ver mi conciencia después de la muerte — si es que tal cosa existe — con el templo?

— Hay una relación completa entre ambas cosas — replicó solemnemente el anciano. — No

puede haber conciencia propia después de la muerte, fuera del templo del espíritu. Lo que hayáis ejecutado dentro de su plano, es lo único que sobrevivirá. Todo lo demás, es falso é ilusorio. Está condenado á perecer en el Océano de Mâyâ.

Chocábame la idea de vivir fuera de mi cuerpo, y así es que insté á mi amigo á que prosiguiera su discurso. Engañándose respecto á mis intenciones, el venerable varón accedió gustoso á mi deseo.

(Se continuará.)

MOVIMIENTO TEOSÓFICO

Viaje de Mrs. Annie Besant, por la América del Norte.

A juzgar por las cartas y periódicos, el viaje de Mrs. Annie Besant ha sido hasta el presente un gran éxito, y todo hace suponer que se despertará aún mayor interés, si cabe, al venir de regreso. Mrs. Besant desembarcó en Nueva York el 30 de Noviembre, después de una travesía muy ruda, y fué recibida á su llegada por W. Q. Judge, Mrs. Neresheimer, Doctor A. Keightley y otros teosofistas de Nueva York. En este punto dió una conferencia en el salón Chickering, sobre *La muerte y después de la muerte*, y sobre Mesmerismo é Hipnotismo; y los periódicos hablaron en términos calurosos de estos discursos, siendo dignos de ellos el auditorio y la acogida que les hicieron. Visitó los centros Asiana, H. P. B. y Brooklyn, y les dió cuenta del movimiento teosófico europeo. En Toledo, Chicago y Milwankee, tuvieron gran resonancia sus conferencias. Luego avanzó más hasta San Pablo, y después atravesó el Continente hacia la costa extrema del Oeste, en donde la dejaremos por ahora, pues hasta aquí alcanzan las noticias que tenemos. Antes de que nuestros lectores reciban esta REVISTA, ya habrá llegado á San Francisco, y estará pensando en su viaje de vuelta. No ha tenido un momento de descanso; pues el tiempo que la quedaba libre, lo ha dedicado á las reuniones de los centros, recepciones, corresponsales de periódicos, *interviews*, etc., etc. El frío ha sido tan intenso, que perdió la voz durante todo un día. Parece que el invierno en el Norte de América, es para avergonzar al nuestro.

La impresión que ha causado es muy notable. En los periódicos que hemos recibido no se observa ya la antigua ignorancia sobre Teosofía, sino por el contrario, señales evidentes de que se abre camino una apreciación más exacta de sus aspectos superiores y significados más profundos. El valor y la abnegación de nuestros hermanos han sido ampliamente recompensados. Lo que parece que más «ha chocado» en las conferencias de Mrs. Besant, es el hecho de que la Teosofía ofrece una base sana y razonable de ética. Se ha comentado mucho en los periódicos sus discursos, y esto parece que es un honor particular; pues tales comentarios sobre conferencias, son muy poco comunes en América. Como ejemplo citaremos uno de los últimos periódicos recibidos. Dice:

La primera parte fué una defensa de la moral, científica, elocuente, lógica y concluyente. Puede asegurarse que el auditorio de Mrs. Besant, nunca oyó una defensa más sana, más clara ni más elocuente de la moral, bajo una base científica; cuya sustancia es que una cosa es buena, no porque lo diga ningún evangelio, sino por ser un hecho en la Naturaleza; hecho ó verdad moral á que deben obediencia todos sin distinción, y cualquiera que sea la religión ó creencia á que pertenezcan. El valor práctico de esto, es que aunque se pueda hacer caso omiso de la propia religión en el choque de las creencias y en el acaloramiento de la discusión, no se hace lo mismo de la propia moral basada, como lo está, en hechos de la Naturaleza, anteriores á todas las creencias. Fué un discurso verdaderamente hermoso y útil.

Este redactor no está lejos del reino de la ética de la Teosofía.

La prensa americana parece también haber cogido la idea de la Reencarnación, y en otra parte del artículo que se acaba de citar, se declara que no hay más motivo para combatir la Reencarnación, que para combatir lo esencial de las religiones. Cuando la Reencarnación fué presentada por primera vez, como una parte especial de nuestra propaganda pública, la despreciaron y se rieron de ella. Se hallaba tan completamente fuera del pensamiento Occidental, que á la mayor parte de nuestros auditorios, la sola idea de que volverían á vivir encarnados en esta tierra, les parecía altamente ridícula. Poco á poco se ha abierto camino con la fuerza de su lógica; y ahora ha sustituido á la risa, la observación detenida y el deseo de conocer. Sería un absurdo decir que la gente en general se ha convertido por completo á la idea de la Reencarnación; pero seguramente que ningún dogma extraño ha concluído tan pronto con la burla, como esta piedra angular de la enseñanza teosófica. La razón no es difícil de encontrar; suple una necesidad de la Naturaleza humana.

NECROLOGÍA

Tenemos el sentimiento de comunicar á nuestros hermanos, que el 2 del corriente mes falleció D.ª Josefa Millán de Corrales, M. S. T., señora que por sus escepcionales virtudes y clara inteligencia, era amada de cuantos la conocían, siendo uno de nuestros miembros más verdaderamente teosofistas; su muerte será muy sentida por todos nuestros hermanos. Vivió y murió fiel y leal á las creencias que profesó durante gran parte de esta su última existencia objetiva. La actitud de su esposo y querido hermano nuestro, que quiso acompañar el cadáver hasta su última morada, nos ha probado una vez más lo que pueden las convicciones teosóficas, firmemente arraigadas, en los trances amargos de la vida.

Cada Arbol da su sombra, cada sufrimiento encierra una alegría.

Darnos cuenta de nuestra ignorancia, es propio de sabios; sentirnos seguros de nuestra sabiduría, es obrar como los insensatos.

Dos cosas son imposibles en este mundo de Maya; gozar más de lo que Karma ha decretado, y morir antes de que nuestra hora haya sonado.

Un estómago pequeño puede fácilmente quedar satisfecho; pero un espíritu mezquino jamás se satisfacerá ni aun con todas las riquezas del mundo.

Aquel que descuida el deber ante su conciencia, tampoco pagará sus deudas al prójimo.

El que no coma tu pan durante tu vida, no mencionará tu nombre después de tu muerte.

Un viajero que no observa, es como un pájaro sin alas.

AUM

(De las joyas del Oriente, por H. P. Blavatsky.)